



## La risa proteica, el humor y los pesimistas

Joan M. Marín<sup>1</sup>

Recibido: 20 de diciembre de 2017 / Aceptado: 22 de mayo de 2018

**Resumen.** Los cauces del humor y de lo cómico desembocan en la risa. Profundizar en su naturaleza proteica supone un desafío que la reflexión estética sólo ha podido realizar desde una pluralidad de perspectivas. En el presente artículo, a partir de las principales enseñanzas de las teorías que han profundizado en la risa, el humor y lo cómico, construimos un retrato de su realidad poliédrica y multifuncional. La risa puede acercarnos y alejarnos de los demás, estimular o relajar nuestro sentido crítico, ser subversiva o contribuir al conformismo; y, cómo no, su virtualidad consoladora la convierte en un alivio ante el desencanto existencial.

**Palabras clave:** risa; humor; cómico; ironía; pesimismo; Bahnsen; Cioran.

### [en] Protean laughter, humour and pessimisms

**Abstract.** The channels of humour and what's comical flow into laughter. To delve into its protean nature means a challenge that the aesthetic reflection has only been able to develop from a variety of viewpoints. In this paper, from the main lessons taken from the theories that have gone deeper into laughter, humour and the comic, we will create a portrait of its polyhedral and multifunctional reality. Laughter can get us closer or away of the rest, encourage or loosen our critical sense; it can be subversive or contribute to conformism; and also its comforting potentiality make it a relief against existential disenchantment.

**Keywords:** Laughter; humour; comic; irony; pessimism; Bahnsen; Cioran.

**Sumario:** 1. Lo cómico y lo humorístico; 2. Proximidad, lejanía, superioridad; 3. Crítica y absurdo; 4. El humor corrosivo y la risa aniquiladora; 5. La risa carnavalesca. Humor y conformismo. Humor y sanción social; 6. La risa consoladora. El humor como mecanismo liberador de tensiones; 7. El humor y los pesimistas.

**Cómo citar:** Marín, J.M. (2018) "La risa proteica, el humor y los pesimistas", en *Escritura e Imagen* 14, 233-245.

---

<sup>1</sup> Universitat Jaume I de Castelló  
marin@uji.es

El ejercicio del humorismo mejora la vida [...] permite contemplar las cosas de otra manera, lúdica, pero sobre todo lúdica, a la cual no llegan otros mecanismos de la razón.

Marcos Mundstock<sup>2</sup>

## 1. Lo cómico y lo humorístico

El humor es una categoría proteica sobre la que puede afirmarse casi todo. Incluso, suele repetirse con relativa frecuencia que el humor es algo serio. La mayoría de los humoristas, como apunta Juan Carlos Siurana, «consideran prácticamente imposible definir el humor»<sup>3</sup>; y cuando lo hacen, suele ser para subrayar la inoperancia de este cometido. Jardiel Poncela, por ejemplo, opina que «definir el humor es como intentar atravesar las alas de una mariposa con un poste de teléfonos»<sup>4</sup>: un ejercicio imposible y, sobre todo, una indelicadeza.

Los antiguos griegos no tenían un sustantivo específico para la comicidad. Existía cierta proximidad y confusión entre los términos risa y burla (reírse de / burlarse de), ya que para referirse a situaciones cómicas utilizaban el adjetivo neutro correspondiente a lo risible γέλοιοιον (geloion), un término que designaba también lo ridículo y que deriva del sustantivo γέλωα (gelao): aquello que provoca risa. Por otro lado, el término «humor» está vinculado etimológicamente con la teoría hipocrática de los cuatro humores (sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema). La distinta combinación de estos humores en un individuo le provocaría variados y variables estados de ánimo que pueden ir desde la alegría a la melancolía, o incluso la agria tristeza característica de aquellos individuos en los que predomina la *melanos kolia* o «humor negro». Así pues, no todo tipo de humor provoca una risa franca y jovial.

Estos dos apuntes etimológicos ya nos advierten de ciertas diferencias entre la comicidad y el humor. De hecho, algunos teóricos prefieren distinguirlos. A su juicio, lo cómico sería más espontáneo, inconsciente y, en cierto modo, más cercano a la celebración infantil y optimista de la vida. Por su parte, el humor se correspondería con una actitud más reflexiva y podría llegar a adoptar aires sombríos. En este sentido, el humor nos permitiría expulsar la amargura existencial y aliviar el ardor de nuestras frustraciones. No en balde Freud destacó el humor como uno de los mecanismos de defensa más eficaces, pues nos permite controlar y apaciguar las experiencias dolorosas.

## 2. Proximidad, lejanía, superioridad

La ambivalente naturaleza del humor también se evidencia en su capacidad para acercarnos o alejarnos de nuestros semejantes. Por un lado, consideramos el sentido

<sup>2</sup> Discurso pronunciado por Marcos Mundstock, miembro de los Luthiers, en el acto de entrega de los Premios Princesa de Asturias. Oviedo, 20 de octubre de 2017. Disponible en red: <http://www.rtve.es/noticias/20171020/les-luthiers-humor-permite-contemplar-cosas-forma-lucida/1629465.shtml>, [consultado el 11/12/2017].

<sup>3</sup> Siurana, J. C., *Ética del humor. Fundamentos y aplicaciones de una nueva teoría ética*, Madrid, Plaza y Valdés, 2015, p. 41.

<sup>4</sup> Cit. en *Ibidem*.

del humor como un rasgo positivo de la personalidad, pues, de entrada, nos vuelve más próximo a quien lo posee –de ahí la masiva utilización del humor como estrategia publicitaria. Pero, sin duda, el humor también puede marcar distancias. Es más, Henri Bergson, en su célebre ensayo sobre la risa, la consideraba más propia de la fría inteligencia que de la calidez sentimental:

No hay mayor enemigo de la risa que la emoción. No quiero decir que no podamos reírnos de una persona que, por ejemplo, nos inspire piedad y hasta afecto; pero en este caso será preciso que por unos instantes olvidemos ese afecto y acallemos esa piedad. En una sociedad de inteligencias puras quizá no se llorase, pero, probablemente se reiría, al paso que entre almas siempre sensibles, concentradas al unísono, en las que todo acontecimiento produjese una resonancia sentimental, no se conocería ni comprendería la risa<sup>5</sup>.

La actitud fría y distante, en absoluto empática, que puede adoptar la risa ha sido subrayada por diversas teorías filosóficas que tendrían en común mostrar la sensación de superioridad que manifestamos a través de la risa en situaciones ventajosas. En su *República*, Platón nos alerta sobre los peligros de la risa en tanto que ésta puede alterar la templanza que conviene a los guardianes<sup>6</sup>, conducir a los ciudadanos –guardianes o no– a la vulgaridad; o desembocar en la mofa irreverente, ya sea sobre los dioses o sobre hombres admirables. Más tarde, en el diálogo *Filebo*, rechaza la risa porque es una diversión maliciosa a costa de las desgracias de otros<sup>7</sup>. Thomas Hobbes, en el siglo XVII, proseguirá esta línea argumentativa mostrándose prudente ante la «glorificación repentina» que experimentamos con la risa –cuando comparamos nuestra superioridad con «las flaquezas de los demás o con nuestro propio pasado»<sup>8</sup>; y sobre todo, al considerar un «signo de pusilanimidad»<sup>9</sup> reírse de los demás, exhortándonos a reírnos de los defectos en abstracto y no de las personas que los portan.

Charles Baudelaire, en su escrito «De la esencia de la risa y en general de lo cómico en las artes plásticas»<sup>10</sup>, considera que la sensación de superioridad que manifiesta la risa es un claro indicio de su origen diabólico. De este modo, la risa, al igual que el llanto, estaba excluida del paraíso; y, el mismo Jesucristo, en su paso por el mundo terrenal, llegó a conocer la cólera y el llanto, pero jamás rió: «[...] el Sabio por excelencia, el Verbo encarnado, nunca ha reído. A ojos de Aquel que todo lo sabe y todo lo puede, lo cómico no existe»<sup>11</sup>. Por eso, no es propio del cristiano que habita el valle de lágrimas regocijarse en la autocomplacencia de la risa; como sentencia el Eclesiastés en sus consejos para la vida práctica: «mejor es la tristeza que la risa, porque con la tristeza del semblante se corrige el corazón del pecador.

<sup>5</sup> Bergson, H., *La risa*, trad. por Amalia Aydée Raggio, Madrid, RBA, 1984, p. 27.

<sup>6</sup> Platón, «República», en *Diálogos*, t. IV, trad. por Conrado Eggers Lan, Madrid, Gredos, 1988, 388e.

<sup>7</sup> Platón, «Filebo», en *Diálogos*, t. VI, trad. por M<sup>a</sup> Ángeles Durán y Francisco Lisi, Madrid, Gredos, 2001, p. 47 y ss.

<sup>8</sup> Hobbes, Th., *Elementos de derecho natural y político*, trad. por Dalmacio Negro Pavón, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979, p. 161.

<sup>9</sup> Hobbes, Th., *Leviatán. O la materia, forma y poder de una República eclesiástica y civil*, trad. por Manuel Sánchez Sarto, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 46.

<sup>10</sup> Recogido en Baudelaire, Ch.: *Lo cómico y la caricatura*, Trad. por Carmen Santos, Madrid, Antonio Machado Libros, 2001, pp. 79-117.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 84.

Y el corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay diversión»<sup>12</sup>.

Ahora bien, esta supuesta naturaleza demoniaca de la risa, lejos de suscitar el reparo o la censura de Baudelaire, le proporciona ante sus ojos el atractivo del satanismo de salón que se había puesto de moda en el romanticismo y que todavía perduraba entre los simbolistas y los decadentistas. Así lo podemos constatar en *Las vigilias de Bonaventura*, una pequeña joya del romanticismo, publicada de forma anónima en 1805, en la que el narrador describe de este modo el origen de la risa:

Como todo en la Tierra estaba tan bien organizado, y con tanta sensibilidad, el diablo, que en una ocasión se distraía contemplándola, se enfureció. Para vengarse del maestro de obras envió a la risa, quien hábil, se apropió subrepticamente de la máscara de la alegría; los humanos la acogieron de buena voluntad hasta que se quitó la careta y apareció su rostro malévolo, el de la sátira<sup>13</sup>.

Proceda o no del diablo, lo cierto es que la risa satírica y, muy especialmente, la irónica es esencialmente irreligiosa. «La ironía no reza nunca»<sup>14</sup>, afirma E. M. Cioran; y –podríamos añadir– ni siquiera cree, pues su agudo instinto se cuele por las fisuras del discurso dogmático y ridiculiza sus contradicciones: «Sin la vigilancia de la ironía, qué fácil sería fácil fundar una religión. Bastaría dejar a los mirones agruparse en torno a nuestros trances locuaces»<sup>15</sup>. Afortunadamente, la ironía nos rescata del delirio y nos mantiene igual de lejos de la megalomanía que del impulso de afiliación. «Por cerca que estemos del paraíso, la ironía viene a apartarnos de él»<sup>16</sup>.

### 3. Crítica y absurdo

El humor es una potente herramienta crítica. Gorgias, según relata Aristóteles en su *Retórica*, consideraba el humor como la prueba de fuego para contrastar la solidez de un asunto: «El humor es la única prueba de la seriedad; y la seriedad del humor. Pues un asunto que no aguanta la chanza no es de fiar; y una broma que no aguanta un examen serio es, sin ningún género de duda, de falso ingenio»<sup>17</sup>. El humor opera como una toxina que colorea las contradicciones con la misma eficacia que sonroja la cara de quienes las sustentan. En el siglo XVIII, el conde de Shaftesbury continuará esta línea de argumentación al afirmar:

Lo que sólo puede mostrarse a *una cierta luz* es cuestionable. Hay que suponer que la verdad puede soportar *todas* las luces, y *una* de esas principales luces o medios naturales a cuya luz hay que ver las cosas para verificar un reconocimiento completo, es el ridículo,

<sup>12</sup> *Eclesiastés*, 7, 4-5, en *Sagrada biblia*, trad. por Serafín de Ausejo, Barcelona, Herder, 1972, p. 781.

<sup>13</sup> Anónimo, *Las vigilias de Bonaventura*, Trad. por Marisa Siguan y Eduardo Aznar, Barcelona, Acantilado, 2001, pp. 152-153.

<sup>14</sup> Cioran, E. M., *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario y otros textos*, trad. por Rafael Panizo, Barcelona, Montesinos, p. 45.

<sup>15</sup> Cioran, E. M., *Silogismos de la amargura*, Rafael Panizo, Barcelona, Laia, 1986, p. 72.

<sup>16</sup> Cioran, E. M., *La Tentación de existir*, trad. por Fernando Savater, Madrid, Taurus, p. 163.

<sup>17</sup> Aristóteles, *Retórica*, trad. por Quintín Racionero, Madrid, Gredos, 2002, III, 18.

o sea, ese modo de prueba mediante el cual discernimos cuanto en un asunto está expuesto a justa chanza<sup>18</sup>.

En su *Crítica del juicio*, Kant defiende que una de las ventajas del humor consiste en situarnos en una «disposición de espíritu» que nos permite juzgar las cosas de un modo distinto, e incluso contrario, al habitual; y que, sin embargo, resulta «conforme a ciertos principios de la razón, en semejante disposición de espíritu»<sup>19</sup>. La siguiente anécdota real de una niña de cinco años nos ayudará a entender mejor el sentido de las palabras del filósofo de Königsberg. El padre de una niña le pregunta: A ver, hija, ¿cuándo se pone el sol? ¿por la mañana, a mediodía o por la tarde? A lo que la niña responde: por la mañana. A ver hija, piensa ¿Cuándo se pone el sol?, –insiste pacientemente el padre. Por la mañana, repite la niña. ¿Entonces qué pasa por la noche? –le inquiera el padre con aires de seguridad. ¡Se quita! –le responde la niña con toda naturalidad.

Lo risible de esta anécdota surge del contraste entre el ingenio involuntario de la niña y el ridículo que experimenta el padre y nosotros mismos, los espectadores, que pasamos de ufanarnos de nuestra superior concepción del mundo a descubrir con sorpresa que hay otras formas de contemplarlo coherentes con su propia lógica interna. Como advirtió Schopenhauer:

El hombre serio está convencido de que piensa las cosas tales como son y de que son tales como él las piensa. Por esto es muy fácil el tránsito de lo grave a lo ridículo y puede ser provocado por cualquier detalle insignificante. Cuando más perfecta es la identidad que se admite en serio, más fácilmente se desvanece por la menor contradicción<sup>20</sup>.

Arthur Schopenhauer vislumbró la clave de muchas situaciones risibles en la incongruencia entre los datos procedentes de la percepción –«conocimiento intuitivo» en su terminología– y los conceptos y juicios elaborados por la razón –«conocimiento abstracto»: «La causa de lo risible está en la subsunción o inclusión paradójica, y por tanto inesperada, de una cosa en un concepto que no le corresponde»<sup>21</sup>. Estas situaciones incongruentes, en la que los datos procedentes de la percepción dejan en evidencia a las elaboraciones racionales, nos resultan espontáneamente agradables en tanto que asistimos a la derrota momentánea de la razón, «ese dómene severo, perpetuo y molesto»<sup>22</sup>, que es pillada *in fraganti* por la parte más primaria de nuestro intelecto –el conocimiento sensible. La anécdota utilizada por Schopenhauer para ilustrar cómo la autoridad de una argumentación racional es ridiculizada por una observación concreta resulta especialmente adecuada.

El público de un teatro de París pedía en cierta ocasión que tocaran la Marsellesa, armando un estrepitoso alboroto al ver que no se le complacía. Un agente de policía, vestido de

<sup>18</sup> Shaftesbury, *Sensus communis. Ensayo sobre la libertad de ingenio y humor*, trad. por Agustín Andreu, Valencia, Pretextos, 1995 pp. 132-133.

<sup>19</sup> Kant, I., *Crítica del juicio*, trad. por Manuel García Morente, Madrid, Tecnos, 2011, I, secc. 1, párrafo 54, p. 266.

<sup>20</sup> Schopenhauer, A., *El mundo como voluntad y representación*. Trad. por Eduardo Ovejero, Madrid, Aguilar, s.a. (1928), Complementos al libro I, cap. 8, p. 658.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 657.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

uniforme, salió al escenario para manifestar que en el teatro no se podía ejecutar más que lo anunciado en el cartel. Entonces dijo uno: -Y usted, ¿está en el cartel?, lo cual provocó la hilaridad general<sup>23</sup>.

Lo particular siempre resulta más variado e imprevisible que la abstracción general, y se resiste a ser encorsetado por el concepto. Por ello, Søren Kierkegaard consideraba que «Lo cómico está presente en cada estadio de la vida [...] porque donde hay vida hay contradicción, y donde hay contradicción está presente la vida»<sup>24</sup>.

El humor no se limita solo a mostrarnos las cosas desde otra perspectiva, sino que, en ocasiones, hace aflorar las incongruencias que anidan en la cotidianidad o que se esconden en argumentos considerados incuestionables. La famosa definición kantiana: «la risa es una emoción que nace de la súbita transformación de una ansiosa espera en nada»<sup>25</sup>, también apunta hacia el absurdo; y, si se me permite el anacronismo, es una fórmula que expresa a la perfección la esencia de esa magistral tragicomedia de Samuel Beckett llamada *Esperando a Godot*.

#### 4. El humor corrosivo y la risa aniquiladora

El humor tiene un alto factor corrosivo. Diógenes, el cínico, derrotó a cuantos grandes hombres se cruzó con el arma desnuda de la risotada. «El hombre muere con la risa»<sup>26</sup>; y los *perros* cínicos mucho más. Íntimamente sabemos —y tememos— que nadie está a salvo del ridículo. Todos podemos convertirnos en motivo de risa. También es cierto que no hay ningún tema intocable para el humor —o no debería haberlo— y todo lo que toca lo relativiza, incluso lo disuelve. La misma estrategia de la carcajada absurda y subversiva permitió a los dadaístas dinamitar el concepto tradicional de arte y abrir la creatividad contemporánea a territorios inexplorados. Como señaló Pierre Piobb: «No hay nada, se ha dicho, que un humor inteligente no pueda resolver en carcajada, ni siquiera la nada»<sup>27</sup>.

Friedrich Nietzsche, en su *Así habló Zaratustra*, incide con poética agudeza en el potencial aniquilador de la risa: «No con la cólera sino con la risa se mata. ¿Adelante, matemos el espíritu de la pesantez»<sup>28</sup>. La risa aparece aquí caracterizada —usando la expresión del notable nietzscheano Pierre Klossovski— como un «infalible asesino»<sup>29</sup> capaz de aniquilarlo todo, incluso a los dioses. Recordemos que, según narra Nietzsche en esta misma obra, los dioses antiguos murieron de risa cuando un dios celoso proclamó: «¡Existe un único dios! ¡No tendrás otros dioses junto a mí!»<sup>30</sup>. Sí, murieron de risa, mirando por encima del hombro a aquel dios arisco que, en su necia pretensión totalitaria, ignoraba que la esencia y la condición de la divinidad reside en que «existan dioses, pero no dios»<sup>31</sup>.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 652.

<sup>24</sup> Kierkegaard, S., *Post scriptum no científico y definitivo a "Migajas filosóficas"*, trad. por Javier Teira y Nekane Legarreta, Salamanca, Sigueme, 2010, p. 499.

<sup>25</sup> Kant, I., *Crítica del juicio*, op. cit., p. 262.

<sup>26</sup> Baudelaire, Ch., *Lo cómico y la caricatura*, op. cit., p. 87.

<sup>27</sup> Piobb, P., *Les Mystères des Dieux*, Vénus (Daragon, ed., 1909), cit., en Breton, A., *Antología del humor negro*, trad. por Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 1991, p. 9.

<sup>28</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, trad. por Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1972, p. 71.

<sup>29</sup> Klossovski, P., *Tan funesto deseo*, trad. por Mauro Fernández Alonso de Armiño, Madrid, Taurus, 1980, p. 171.

<sup>30</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, op. cit., p. 256.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

Siguiendo la estela de las reflexiones nietzscheanas, Clément Rosset, profundiza en el efecto de aniquilación corrosiva de la risa. En su obra *la Anti naturaleza* nos brinda una imagen muy impactante de este efecto:

No hay ninguna producción, sea cual sea su apariencia de necesidad, que no se disuelva instantáneamente bajo el efecto de la risa, la cual sólo permite que subsista lo arbitrario. Porque la risa ataca directamente al armazón de lo que disloca, dejando intactos los elementos, pero disolviendo el principio de su unión: en lo cual procede a la inversa que las hormigas, que eliminan las carnes pero dejan el esqueleto. Tras la risa la realidad permanece, pero en estado deshuesado: le falta el conjunto de las articulaciones que podrían hacerla parecer necesaria. Emergencia permanente del artificio sobre fondo de naturaleza, la risa asimila lo necesario a lo azaroso en los instantes cómicos en los que el orden se pierde en el desorden (...)<sup>32</sup>.

En otra de sus obras de raigambre nietzscheana, *Lógica de lo peor*, Clément Rosset, nos remite al naufragio del Titanic –hundiéndose junto a su fama de insumergible al ritmo que marcaba la orquesta– para acercarnos a la voracidad de la «risa exterminadora»<sup>33</sup>, capaz de suprimir la realidad vigente por «engullimiento»<sup>34</sup>. Una risa mordaz que nosotros también podemos oír resonar en la explosión de la central nuclear de Chernobyl: pocas semanas antes del accidente, la edición inglesa del periódico *Soviet Life* publicó un reportaje sobre ella titulado «Seguridad Absoluta».

## 5. La risa carnavalesca. Humor y conformismo. Humor y sanción social

Al hablar del potencial crítico, corrosivo y aniquilador de la risa parecería que ésta sólo albergase una dimensión subversiva. Sin embargo, la risa y el humor resultan igual de eficaces para subvertir que para conservar el estado de las cosas. Esta doble funcionalidad se aprecia con claridad en la risa carnavalesca. Ciertamente, las celebraciones medievales, como la fiesta de los locos o el propio Carnaval, instauran la subversión radical del «mundo al revés».

Le 26 de décembre, jour des saints innocents, on élit dans l'Église l'évêque des fous, qui prononce un discours grotesque. Puis ont lieu les débordements contre lesquels les prélats mettent en garde leurs clercs. Les sots se répandent dans les rues, en taquinant les dames et les demoiselles, ils huent les cocus, et promènent les maris dominés sur un âne qu'ils chevauchent à rebours, tournés vers la queue de leur monture<sup>35</sup>.

Se trata de una risa grotesca que, por un lado, muestra –y celebra– lo oculto, lo denigrado y lo ridículo; y, por otro, ridiculiza todo aquello que fuera del paréntesis

<sup>32</sup> Rosset, C., *La anti naturaleza*, trad. por Francisco Calvo Serraller, Madrid, Taurus, 1974, p. 91.

<sup>33</sup> Rosset, C., *Lógica de lo peor*, trad. por Francisco Monge, Barcelona, Barral, 1976, pp. 213-224.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 218.

<sup>35</sup> Payen, J. C. : *Le Moyen Âge*, Paris, Arthaud, 1990, p. 70. «El 26 de diciembre, día de los Santos Inocentes, se elige en la iglesia al obispo de los locos, quien pronuncia un discurso grotesco. Después vienen los excesos contra los que los preladados advierten a sus empleados. Los necios recorren las calles burlándose de las damas y de las jóvenes, abuchean a los adúlteros; y pasean a los maridos consentidos montados al revés sobre los lomos de un asno» (traducción propia).

espacio temporal que instauration la celebración carnavalesca, pertenece a la esfera de lo serio y resulta incuestionable. Sin embargo, no es menos cierto que la principal función social de este paréntesis de transgresión que introduce el Carnaval consiste en proporcionar una válvula de escape que alivie la presión que a lo largo del año va generando una realidad asfixiante, con lo cual previene la posibilidad de un estallido social y facilita la perpetuación del *statu quo*. Se trata, pues, de subvertir el orden durante el intervalo efímero que ocupa la representación carnavalesca, para evitar que acabe subvertida la realidad en su conjunto. En definitiva, podríamos decir que reír, como casi siempre, viene bien a todo el mundo.

Quand l'ordre se fait trop contraignant, il peut être rendu supportable par un défolement organisé, un reversement temporaire et codifié de rapports, comme dans les Saturnales romaines ou le Carnaval<sup>36</sup>.

La risa, el humor –y especialmente, la ironía– también pueden facilitar una actitud conformista. La fe, religiosa o laica, es el motor de la acción social transformadora. Por el contrario, la ironía, como antes avanzábamos, mantiene alerta el alma descreída, y le impide el autoengaño. La ironía –afirmó Jankelevitch– «nos permite evitar las desilusiones por la sencilla razón de que se niega a ilusionarse»<sup>37</sup>. De este modo, introduce en el sujeto un distanciamiento escéptico con consecuencias paralizantes. Tal como advierte Cioran: «Las hazañas sólo son posibles en las épocas en que la auto-ironía no ha hecho aún estragos»<sup>38</sup>. El humor irónico puede corroer intelectualmente el mundo, y dejarlo todo material e institucionalmente indemne. Por ello, ante el bello aforismo cioraniano, «¿El ser ideal? Un ángel devastado por el humor» (IN, 201, 157), nunca he dejado de preguntarme: ¿Ideal, para quién? Seguramente, para dos opuestos complementarios: las dictablandas y los anarquistas de salón.

El humor –al igual que sucede con el escepticismo, su espíritu hermano– puede despertarnos y sacudirnos de nuestro letargo, pero también puede resultar un calmante capaz de acomodarnos en la almohada de la resignación y del conformismo. Riámonos; pero de tanto en tanto, no olvidemos soltar algún gruñido.

La naturaleza proteica de la risa la convierte en un instrumento multifuncional, tan útil para la crítica y la subversión como para la sanción y la represión social. Igual puede corroer dogmas que reforzar estereotipos. *Castigat ridendo mores*, exhorta una máxima sobre la comedia teatral atribuida a Jean de Santeul. La risa –y no solo, por supuesto, desde la escena de un teatro– resulta una poderosa herramienta de control social mediante la cual se discrimina entre lo admisible y lo censurable; pues excluye, con los oprobios del ridículo, cualquier desviación respecto a los dictados de la ideología y de la moral predominantes. Como subrayan Concetta D'Angeli y Guido Paduano:

<sup>36</sup> Strumbel, A, «La littérature allégorique», en Poirion, D. (ed.) *Précis de littérature française du Moyen Âge*, Paris, PUF, 1983, p. 188. «Cuando el orden se hace demasiado asfixiante, puede volverse soportable mediante un desahogo controlado, una inversión temporal y codificada de las relaciones, como en las Saturnales romanas o el Carnaval», (traducción propia).

<sup>37</sup> Jankelevitch, V., *La ironía*, trad. por Ricardo Pochtar, Madrid, Taurus, 1982, p. 31.

<sup>38</sup> Cioran, E. M., *Ese maldito yo*, trad. por Rafael Panizo, Barcelona, Tusquets, 1987, p. 36.



[...] lo cómico ha desempeñado tradicionalmente otra función represiva: la que certifica la incapacidad, ya sea por estupidez o por locura, para compartir las coordenadas y los presupuestos mentales del grupo [...] Por muy distintos que puedan llegar a ser considerados ambos conformismos, el de la moral y el de la razón, se organizan en la misma actitud de superioridad, la que el conjunto social experimenta mediante la risa ante sus partes marginales [...]<sup>39</sup>.

## 6. La risa consoladora. El humor como mecanismo liberador de tensiones

Volviendo a los aspectos más reconfortantes de la risa resulta innegable su potencial consolador. «Déjame conservar la risa durante toda la vida y seré capaz de resistir aquí abajo», exclama el protagonista de las *Vigilias de Bonaventura*<sup>40</sup>.

La teoría aristotélica de la comedia, según la cual lo cómico hace soportable lo feo, fue una de las primeras en subrayar el poder balsámico de la risa, a la que considera un alivio para la vida. Al contrario que la tragedia, que nos enseña la entereza y la dignidad que muestran los mejores cuando caen desgracia, la comedia es la imitación de personajes peores a la mayoría, pero representados de tal modo que nos hace llevadero lo desagradable.

La comedia es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, sino que lo risible es en parte feo. Pues lo risible es un defecto o una fealdad que no causa dolor ni ruina, así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y contrahecho sin dolor<sup>41</sup>.

En el siglo XIX Karl Rosenkranz retomará esta concepción aristotélica al convertir lo cómico en una categoría intermedia entre la fealdad y la belleza: «Lo cómico [...] confraterniza con lo feo, pero al mismo tiempo le extirpa su elemento repugnante haciendo ver su relatividad y nulidad con respecto a lo bello»<sup>42</sup>.

Lo cómico vuelve soportable lo feo. Ahora bien, el alivio que nos proporciona la comedia es, para Aristóteles, de diferente naturaleza a la liberación que provoca la tragedia. En la catarsis trágica asistimos a una liberación de la tensión provocada por la catástrofe, mediante la expiación dolorosa y la condición sublime de los héroes trágicos; en cambio, la comedia nos relaja la tensión a través de la subversión de la seriedad de la vida y de la relativización de la importancia de lo que acontece. En esta línea argumentativa, un teórico neoaristotélico como Elder Olson afirma en su *Teoría de la comedia*:

Nosotros podemos considerar la vida humana de una manera grave o de una manera alegre. La tragedia surge del punto de vista del primero y la comedia del segundo. Si adoptamos el primero, la vida está llena de desgracias y de peligros que nos despiertan temor y piedad; si adoptamos el segundo, no hay nada lo suficientemente importante para que nos preocupemos<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> D'Angeli, C. y Paduano, G., *Lo cómico*, trad. por Juan Díaz de Atauri, Madrid, Antonio Machado libros, 1999, p. 12.

<sup>40</sup> Anónimo, *Las vigilias de Bonaventura*, op. cit., p. 153.

<sup>41</sup> Aristóteles, *Poética*, trad. por Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1988, 1449a, pp. 31-35.

<sup>42</sup> Rosenkranz, K., *Estética de lo feo*, trad. por Miguel Salmerón, Madrid, Julio Ollero editor, 1992, p. 58.

<sup>43</sup> Olson, E., *Teoría de la comedia*, trad. por Salvador Oliva, Barcelona, Ariel, 1978, p. 53.

Este contraste entre la sabiduría trágica y el desenfado cómico se aprecia con nitidez al comparar el diferente talante con los que una y otro abordan un mismo contenido, el del fiasco existencial que podría resumirse en la expresión: mejor muerto que vivo. Desde la primera, Friedrich Nietzsche rememora la leyenda del rey Midas:

Una vieja leyenda cuenta que durante mucho tiempo el rey Midas había intentado cazar en el bosque al sabio *Sileno*, acompañante de Dioniso, sin poder cogerlo. Cuando por fin cayó en sus manos, el rey pregunta qué es lo mejor y más preferible para el hombre. Rígido e inmóvil calla el demon; hasta que, forzado por el rey, acaba prorrumpiendo en estas palabras, en medio de una risa estridente: «Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¡por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no *ser*, ser *nada*. Y lo mejor en segundo lugar es para ti -morir pronto»<sup>44</sup>.

En cambio, Aristófanes convierte el descenso de Dionisos y Xantias al Hades en una comedia, *Las ranas*. En ella, un muerto bastante holgazán, ante los nueve óbolos que le ofrece Dionisos por cargar unos bultos, exclama: «Preferiría resucitar»<sup>45</sup>; dando a entender que lo peor que le puede suceder a un muerto es volver a la vida.

Como escribió Walter Kaufmann, «la diferencia entre tragedia y comedia no está en el tema, sino depende del punto de vista adoptado»<sup>46</sup>. Es cuestión de perspectiva. Elder Olson comenta que, mientras estaba preparando su obra *Teoría de la comedia*, al revisar algunas antologías de chistes judíos encontró que muchos de los chistes que trataban sobre las persecuciones sufridas y el holocausto surgieron en la misma época en la que estas atrocidades se estaban produciendo. Después de su sorpresa inicial comprendió que ello era compatible con su hipótesis, pues al igual que hay «chistes de ataque», hay «chistes de defensa» que nos ayudan a soportar la realidad más adversa: «los judíos tenían que reír o llorar; y ya habían llorado lo suficiente; únicamente podían dominar su pesadilla riéndose de ella»<sup>47</sup>.

El humor es para Sigmund Freud un mecanismo de liberación de tensiones que, al introducir un distanciamiento intelectual respecto a nuestras desgracias, nos permite reducir el desgaste emocional inherente a las situaciones dolorosas y genera un placer equivalente al gasto emocional ahorrado. El ejemplo que nos ofrece el autor resulta muy ilustrativo: «“¿Qué día es hoy?” pregunta un condenado a muerte a quien conducen a la horca. “Lunes”. “¡Vaya, buen principio de semana!”»<sup>48</sup>. En casos semejantes, afirma Freud, podemos apreciar la «grandeza de ánimo»<sup>49</sup> del sujeto humorístico que muestra su superioridad ante una adversidad por la que no se deja cohibir.

El héroe trágico afronta con gravedad las peores calamidades, el humorista les da la espalda con despreocupación. Julius Bahnsen, en su obra *Lo trágico como ley del*

<sup>44</sup> Nietzsche, F., *El nacimiento de la tragedia*, trad. por Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1981, p. 52.

<sup>45</sup> Aristófanes, *Las ranas*, en *Teatro selecto de Aristófanes*, trad. por Emilio Gascó Contell, Madrid, Escelicer, p. 500.

<sup>46</sup> Kaufmann, W., *Tragedia y filosofía*, trad. por Salvador Oliva, Barcelona, Seix Barral, 1976, p.79.

<sup>47</sup> Olson, E., *Teoría de la comedia*, op. cit., p. 59.

<sup>48</sup> Freud, S., *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras Completas*, tomo. I, trad. por Luis López-Ballesteros, Madrid, Biblioteca nueva, 1948, p. 943.

<sup>49</sup> *Ibidem*.

*mundo y el humor como forma estética de lo metafísico*, de 1877, ya había hablado de la superioridad espiritual que manifiesta el humorista en los entornos dolorosos en los siguientes términos:

El «complacerse en lo trágico» tiene algo de «vulgar», se trata de un placer que le resulta accesible incluso al ánimo filisteo; en cambio, el humor pertenece, como un *privilegium honorum*, a la elite de los espíritus; sólo aquellos que son fuertes de espíritu producen este sublime destilado, fruto del contacto de la voluntad con el intelecto<sup>50</sup>.

## 7. El humor y los pesimistas

Atendiendo a la capacidad consoladora del humor no debe extrañar que algunos célebres pesimistas hayan visto en él una vía alternativa para afrontar sus decepciones existenciales.

En la octava de las *Vigilias de Bonaventura*, podemos leer una de las definiciones más desencantadas de la vida: «la vida no es más que el traje de cascabeles con el que la nada se viste para hacerlo tintinear por un momento antes de arrancárselo con fuerza»<sup>51</sup>. Pese a ello, en la penúltima vigilia, la decimotercera, el narrador reafirma su convicción de que sólo la risa dota de cierto valor a la existencia y nos permite afrontarla:

¿Qué mejor medio hay para afrontar todas las burlas del mundo, incluso las del destino, que la risa? ¡El enemigo mejor armado se asusta ante esta máscara satírica, e incluso la desgracia se aparta atemorizada de mí si oso reírme de ella! ¡Demonios, esta tierra entera, junto a su sentimental acompañante, la Luna, no merece otra cosa que la burla! ¡Y si aún conserva algún valor es porque la habita la risa!<sup>52</sup>.

También Julius Bahnsen –uno de los pocos filósofos que junto a Philipp Mainländer y Eduard von Hartmann podemos considerar discípulos de Schopenhauer– consideraba que «Sólo el humor está en posesión de la medida ética correcta»<sup>53</sup>; y por tanto, nos permite tasar la vida en su verdadero valor: ninguno. No hay ninguna incompatibilidad entre el humor y una visión desencantada de la vida. Al contrario:

El humor tiene su lugar más propio como desenlace final del más completo pesimismo, en cuyo ventrílocuo cordial habita lo trágico. Así se reparte el contenido del pesimismo: la tragedia hace alarde de la capacidad para el dolor; el humor de su íntima nulidad. El humor sabe que allí donde no marcha todo al revés, algo no marcha bien en el curso del mundo; y, cuando, finalmente, llega por una vez lo largamente esperado, ve que tampoco representa nada, pues lo que ganamos con todo nuestro esperar no es más que... nuevas expectativas»<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> Bahnsen, J., *Lo trágico como ley del mundo y el humor como forma estética de lo metafísico*, trad. por Manuel Pérez Cornejo, Valencia, Universitat de València, 2015, pp. 144-145.

<sup>51</sup> Anónimo, *Las vigilias de Bonaventura*, op. cit., p. 91..

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>53</sup> Bahnsen, J., *Lo trágico como ley del mundo y el humor como forma estética de lo metafísico*, op. cit., p. 175.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 160.

El humor no suprime la esencia patética del mundo, pero cambia nuestra forma de abordarla; pues introduce un distanciamiento estético entre nosotros y nuestro propio dolor, permitiéndonos mirarlo desde fuera de ese yo doliente que somos nosotros mismos, y descubrir su «íntima nulidad» –y también la nuestra.

La clave de la alternativa humorística reside en mostrar el aspecto ridículo (de *ridere*, aquello que hace reír) de la existencia en general y de uno mismo en particular. La gran debilidad del humorismo de los autores románticos es que continúan tomándose en serio a sí mismos: «No basta con despertar del mundo: también hay que despertar de uno mismo»<sup>55</sup>, alecciona con razón Jankelevitch. Como a menudo se ha señalado, el humor es para los románticos el reverso desencantado de su obsesión por lo sublime. La ironía romántica dinamita unas fabulaciones sobre la existencia que, a fuerza de elevarse idealmente, se habían vuelto peligrosamente inestables. El humor es un buen paracaídas para un yo angustiado; y, cuando el vértigo a las alturas hace zozobrar las ensoñaciones, el humor, le permite realizar jocosos aterrizajes de emergencia. El humor se convierte así en una vía de salvación y también en un motivo de orgullo, pues la sensación de arrasar universos proporciona una plenitud negativa a quien es incapaz de crearlos:

La ironía es el ejercicio que revela la falta de seriedad metafísica. El yo convierte el mundo en una nada, pues la ironía no nos da la sensación de poder sino cuando ya nada existe. La perspectiva irónica es un subterfugio del delirio de grandeza. El yo deviene *todo* para consolar su inexistencia<sup>56</sup>.

La ironía romántica resulta así un ejercicio negador incompleto, ya que después de tomarse a broma la existencia, qué menos que dejar de tomarse en serio a uno mismo. Al igual que Julius Bahnsen, Emil Cioran también reivindica en sus escritos el humor como alternativa a la fatalidad de la existencia. En su libro *Desgarradura* hallamos una auténtica confesión a este respecto: «Todos estamos equivocados, excepto los humoristas. Únicamente ellos, riéndose de todo, han intuido la inanidad de lo serio y hasta de lo frívolo»<sup>57</sup>. En la mayoría de sus obras, tanto las del periodo rumano, como en su posterior etapa francesa, Cioran repite la idea central de que la existencia puede ser trágica, pero no es seria. Así, podemos constatar que si en *El Ocaso del pensamiento*, de 1937, había escrito: «El universo no es serio. Hay que tomárselo trágicamente a broma»<sup>58</sup>; en su última obra, medio siglo más tarde, vuelve a reafirmarse en la misma convicción:

Lo serio no es precisamente un atributo de la existencia; lo trágico sí, por implicar una idea de aventura, de desastre gratuito, mientras que lo serio, por el contrario, postula un objetivo. Ahora bien, la gran originalidad de la existencia reside en no poseer ninguno<sup>59</sup>.

Además, también coincide con Bahnsen en vislumbrar que los *espíritus liberados* prefieren remontar con humor el fondo trágico que almacena la existencia antes que enlodarse en lo patético:

<sup>55</sup> Jankelevitch, V., *La ironía*, op. cit., p. 24.

<sup>56</sup> Cioran, E. M., *Lágrimas y santos*, trad. por Christian Santacroce, Madrid, Hermida Editores, 2017, p. 141.

<sup>57</sup> Cioran, E. M., *Desgarradura*, trad. por M<sup>a</sup> Dolores Aguilera, Barcelona, Montesinos, 1979, p. 148.

<sup>58</sup> Cioran, E. M., *El ocaso del pensamiento*, trad. por Joaquín Garrigós, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 271.

<sup>59</sup> Cioran, E. M., *Ese maldito yo*, op. cit., p. 88.

A un espíritu liberado le repugnan la tragedia y la apoteosis: las desgracias y las palmas le desesperan no menos que la banalidad. *Ir demasiado lejos* es dar infaliblemente una prueba de mal gusto. El esteta tiene horror a la sangre, a lo sublime y a los héroes... No aprecia ya más que a los bromistas<sup>60</sup>.

Con el paso de los años, a medida que Cioran se adentraba en la madurez y el escepticismo le impregnaba, podemos observar la desaparición progresiva del tono grandilocuente de sus primeros libros en rumano y el incremento del humor y de la ironía en su posterior obra francesa. Por lo demás –según se desprende de la respuesta que dio a un amigo que le acaba de confesar por carta su desazón ante la vida– Cioran no dejó de creer en el valor que albergaba la risa:

Si quieres un consejo, aquí lo tienes: cuando no puedas reír, y sólo entonces, deberás matarte. Pero mientras seas capaz de hacerlo, espera aún. La risa es una victoria, la verdadera, la única sobre la vida y la muerte<sup>61</sup>.

Efectivamente, sólo la risa es capaz de proclamarnos vencedores en nuestra derrota. La historia de Heracles y los Cercopes resulta ilustrativa a este respecto. Cuando Heracles atrapó a estas traviesas criaturas que pretendían arrebatarle el sueño, los colgó de un palo, cabeza hacia abajo; y echándose al hombro comenzó a caminar:

La cabeza de los dos minúsculos bribones colgaba a la altura de las dos poderosas nalgas del héroe que la piel de león dejaba al descubierto. Entonces los Cercopes recordaron las proféticas palabras de su madre: «Mis Culitos Blancos, guardaros del momento en que encontréis al gran Culo Negro». Los dos ladrones colgados se desternillaron de risa, mientras que las nalgas del héroe no paraban de subir y de bajar en su marcha segura. Mientras caminaba, el héroe oía a sus espaldas aquella risa sofocada. Estaba triste. Ni sus víctimas se lo tomaban en serio. Descargó en el suelo los dos bribones y se echó a reír con ellos<sup>62</sup>.

El humor proporciona la sensación de que nuestro ingenio remonta las adversidades, y de que momentáneamente nos instalamos sobre el miedo; pero –en contra de lo que sugiere la frase de Baudrillard: «El terror se deshace con la ironía»<sup>63</sup>– no lo hace desaparecer. Recordemos, las últimas palabras que el dramaturgo y humorista Pedro Muñoz Seca dirigió al pelotón de fusilamiento que lo iba a matar: «Podéis quitarme la hacienda, mis tierras, mi riqueza, incluso podéis quitarme, como vais a hacer, la vida, pero hay una cosa que no me podéis quitar... y es el miedo que tengo». Nos gustaría pensar que su sentido del humor desarmó a sus verdugos; sin embargo, ello no impidió que lo ejecutaran.

---

<sup>60</sup> Cioran, E. M., *Breviario de podredumbre*, trad. por Fernando Savater, Madrid, Taurus, 1985, p. 110.

<sup>61</sup> Cioran, E. M., *Conversaciones*, Barcelona, trad. Carlos Manzano, Tusquets, 1996, p. 119.

<sup>62</sup> Calasso, R., *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, trad. por Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 1990, p. 64.

<sup>63</sup> Baudrillard, J., *De la seducción*, trad. por Elena Benarroch, Madrid Cátedra, 1980, p. 120.